

extensión de 600 leguas, un ancho de 4 á 7 metros y está empedrado. Entre San Luis y Huari, donde el camino sigue la pendiente de la cordillera, se ven de trecho en trecho unas zanjas para dejar correr las aguas de la lluvia, que de esta manera no pueden convertir la pendiente en una cascada. A veces el camino sube á 4.000 metros de altitud, y en las partes muy escabrosas hay peldaños que atraviesan el camino y recuerdan que por allí no pasan ni coches ni bestias de carga. No faltaban tampoco tapias, y algunos trechos estaban sombreados por árboles frondosos. En el Yucatán las capitales tenían comunicación entre sí por medio de caminos, que medían de 7 á 8 metros de ancho: su pavimento es de piedras muy fuertes, reunidas con sólida argamasa y cubiertas de un cemento que mide dos pulgadas de grueso: tenían sobre los ríos unos puentes sostenidos por macizos pilares. Cuando Clavigero atravesó Méjico en el siglo pasado, encontró allí todavía algunos trechos bien conservados de estos caminos.

La construcción de puentes estaba poco adelantada: verdad es que en el Perú se encuentran numerosas ruinas de puentes de piedra, pero su construcción no era tan buena como quieren suponer algunos optimistas; allí se debe admirar lo grandioso de la masa más que la elegancia de las formas.

En Chavin de Huantar, el camino conduce á una antigua fortaleza, pasando para ello por un viejo puente compuesto de tres colosales losas de piedra de unos seis metros de longitud por término medio, que por ambos lados descansan sobre fuertes pilas de mampostería. Este puente se encuentra todavía en perfecto estado de conservación. «Cuán cándido atrevimiento—exclama Wiener—significa la idea de colocar de una á otra orilla del río estas moles de piedra en vez de emplear troncos de árboles ó vigas más ó menos desbastadas!»

Había fuentes para apagar la sed de los viajeros y casitas que les ofrecían un albergue, sirviendo también á modo de paradas de postas: todavía se encuentran ruinas de estas casas, que estaban situadas en los puntos más oportunos. En los terrenos llanos las hay ordinariamente á un kilómetro y medio de distancia entre sí; en los caminos de subida la distancia guarda relación con la misma subida; pues cuanto mayor es esta última, tanto menor es aquélla, y en las partes más empinadas median solamente 80 pasos de una casa á otra. La tradición en el Perú y en Méjico refiere que el Inca y Motezuma se hacían llevar diariamente pescado fresco, el Inca de Trujillo á Cajamarca, Motezuma de Veracruz ó del Océano Pacífico á Tenochtitlán. Los correos indios recorrían un kilómetro en cuatro minutos, pues para ellos la distancia de Trujillo á Cajamarca, calculada en cinco jornadas, no llegaba á una. Con este sistema Motezuma pudo saber la llegada de los españoles á la costa de Veracruz y sus progresos en un plazo extraordinariamente breve, y recibir diariamente noticias de su marcha. Este sistema de correos era sin duda una de las más importantes instituciones del imperio, pues quien manda pronto, manda mejor. Gracias á él los Incas lograron someter á los numerosos pueblos de la América del Sudoeste. Por espacio de algunos siglos después de la conquista los antiguos caminos sirvieron para el tráfico. En segundo término son notables los acueductos, tan oportunos en un clima seco. Algunos de ellos estaban abiertos en la peña, y aun se pueden ver algunos cerca de Tezcuco y entre las ruinas peruanas. Bastante conocidas son las cascadas artificiales de los castillos incas.

La impresión producida por los edificios colosales de un pueblo en un observador, es mucho mayor que la importancia

que tiene para el pueblo que los fabricó: por ellos se juzga desde luego muy avanzada la cultura, y acaso con exageración. La riqueza de ruinas es extraordinaria en los antiguos países civilizados de América y sin temor de equivocarse se puede afirmar que aun no se conocen todas. Las de Santa Lucía en Guatemala han sido descubiertas hace sólo 25 años, y eso que son grandiosas y magníficas. Cerca de ellas hay otras; á través del continente, en la frontera de Guatemala y Honduras, se encuentran los tres soberbios grupos de Santa Lucía, Nopán y Quiragua. El primero está al Occidente de los otros dos en el territorio del río Motagua. Hoy día no podemos explicarnos por qué unas obras tan grandes y monumentales se edificaron tan cerca unas de otras, si no deducimos de ello una doble analogía. El indio sedentario, cuando algún enemigo ha destruído su aldea, no vuelve á levantarla en el mismo punto. Causas menos importantes suelen inducir al indio muchas veces á abandonar su morada. Si bajo el cielo tropical sobreviene una sequía prolongada, se agotan las escasas fuentes en la vecindad de sus campos; entonces se aleja el indio de su pueblo y se establece en una región más abundante en aguas. Bandelier escribe: «Yo conozco pueblos, que en 300 años cambiaron tres veces de localidad, dejando siempre ruinas.» Recordamos además la costumbre de los pueblos civilizados de Asia, basada en el miedo y la superstición, y que les obligaba á edificar un palacio nuevo y una nueva capital á la muerte de su soberano. Ava y Amarapura están cerca de la última residencia del rey de Birmania, Mandalai; las dos fueron capitales del reino en nuestro siglo, y más allá de Bangkok está la capital de Siam, Ajutia, visitada como tal por los europeos. Un establecimiento que ocupa una vasta superficie, una parte del cual consiste en casas ruinosas, conserva largo tiempo el mismo número de habitantes; mas de pronto las familias abandonaron sus casas y fabricaron otras con frecuencia peores. El mismo indio que habita grandes casas comunales, como en Nuevo Méjico, conserva cierta inclinación á la inestabilidad, que es sólo un reflejo de la impotencia hija de un bajo nivel del estado de cultura, del cual no pasaron seguramente los mismos pueblos civilizados de la antigua América. Si sólo un territorio tan limitado como Yucatán, hoy densamente poblado, ofrece al Norte Izamal, Ake, Mérida y Myuapán, en el centro Uxmal, Xaba, Labna y otras diez y nueve ciudades de grande extensión, y al Este Chichen-Itza, una de las maravillas de América por su grandiosidad y su magnificencia; si se han encontrado algunas más en la provincia de Itúrbide y si otras muchas existen todavía ignoradas en las inexploradas comarcas del Sud y del Este, es indudable que todos estos son elocuentes indicios de distintos estadios de un desenvolvimiento histórico no muy apartados, tal vez, unos de otros, que nos dan á conocer la clasificación de las antiguas construcciones peruanas, siempre anunciada como un hecho de gran importancia en distintos períodos históricos, como algo que descansa sobre un fundamento común á todos los antiguos pueblos americanos civilizados. A la misma causa obedece la circunstancia de que las distintas construcciones, en cuanto revisten proporciones mayores, no son otra cosa que una aglomeración inarmónica de casas, galerías, pequeñas chozas, el producto, en suma, de épocas y necesidades distintas.

Las casas eran por lo común de piedra, pero de adobes las construídas en regiones elevadas y secas. En Chimú, donde las del pueblo bajo están situadas alrededor de una gran plaza con mucha regularidad, producen la triste impresión de la impotencia. Los muros miden un metro de espesor y cuatro de alto, y los techos son muy inclinados, por más que

allí apenas llueva: no tienen ventanas, y el aire y la luz penetran por las puertas, que se cierran con esteras. El célebre palacio de Mitla en Yucatán carece de ventanas como los demás. Dícese que en Perú las había, pero muy pequeñas. Dentro de estos planos fundamentales, los grandes palacios son simplemente un conjunto de tales espacios: tal sucede con el monumento mejor conservado de Chichen-Itza, Cchichanchob ó casa roja, edificio cuadrado que se alza sobre un terreno poco elevado. El edificio está coronado por todos lados de una cornisa sobre la cual corre un friso. En la fachada que mira á Occidente ábrese tres puertas que conducen á una galería de una longitud igual á la anchura del edificio y desde la cual otras tres puertas comunican con otras tantas salas.

La grandiosa Casa del Gobernador de Uxmal tiene unos 100 metros de largo, 12 de ancho, 8 de alto y está construída en una eminencia natural, aumentada artificialmente por grandes piedras. El interior está dividido por un tabique en dos largos corredores, repartidos á su vez en gran número de habitaciones. Las paredes de esos cuartos son de piedra sin huella de pintura; sólo se ven algunos restos de estuco.

Es evidente que en tan colosales edificios dábase más importancia á la masa y al adorno exterior que á la sencillez del plano general, que á menudo por lo vago se presenta mezquinamente confuso.

El palacio de Mitla consiste en un patio cuadrado con cuatro estancias largas y estrechas en sus lados; pero este patio no estaba enteramente cerrado, sino que en los muros había intervalos vacíos. Tres puertas daban á cada uno de ellos. El patio mide poco más ó menos 60 metros de lado, pero no es perfectamente cuadrado. El piso está rudamente empedrado.

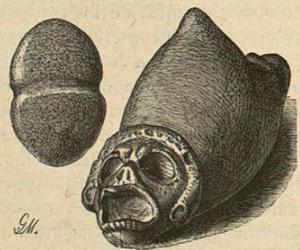
Un corredor que arranca del rincón de la derecha de este largo espacio conduce al edificio de cinco habitaciones: ese corredor forma un ángulo recto, es oscuro y estrecho y en sus dos puertas de entrada y salida tan bajo que sólo yendo agachado se puede pasar por ellas. Probablemente estaba destinado á ser visitado por muy pocos. Por él se llega al recinto central cuadrado del edificio, cuyas cuatro puertas comunican con los cuatro departamentos largos que le rodean por todos sus lados. Las paredes de este edificio están cubiertas por dentro y por fuera de unos adornos formados por pedazos de pórfido que constituyen alto-relieves, trabajados con suma precisión y que arrancan de un metro sobre el pavimento. Entre ellos aparece la pared construída aquí también con piedras irregulares y poco ó nada desbastadas, puestas á capas unas sobre otras y unidas entre sí por medio de un mortero de barro. Esta pared en los puntos en que no está ocupada por los referidos adornos aparece cubierta de una capa de cal encarnada. Y como las piedras ornamentales no tienen en sus intersticios mortero que las una, sino que ajustan perfectamente unas con otras, constituyen, allí donde se encuentran, un revestimiento del muro completamente homogéneo. Los adornos están dispuestos, así interior como exteriormente, en tres líneas longitudinales, y rara vez vemos en ellos una línea curva, pues generalmente se ofrecen escalonados ó formando zigzag: en una hilera, por ejemplo, se emplean piedras rectangulares, cada una de las cuales sostiene en la cara que mira hacia afuera un rombo horizontal en alto relieve; y esas piedras están unidas de tal manera que forman líneas quebradas compuestas de rombos. En otra hilera, algunas piedras salen más que las otras y por la manera de estar ajustadas tienen el aspecto de escalones; y en la tercera, finalmente, hay trazadas en

las piedras largas zigzags ó líneas en forma de sierra, estando las piedras colocadas de suerte que unas con otras forman ángulos rectos ó paralelos. Se ve también en esos adornos que tres piedras salientes que juntas forman dos ángulos rectos están unidas por estos zigzags; en tales combinaciones aunque no se realiza del todo parece que se presente la greca. El número de estas combinaciones es escaso. Las tres hileras longitudinales no tienen igual altura, siendo la superior la más estrecha y la central la más ancha. Las dos inferiores sólo están separadas por las diferencias de los adornos; en cambio entre la superior y la central hay una tira de seis centímetros de altura. En las paredes exteriores la ornamentación no llega hasta el pie del edificio, y si bien conserva el mismo carácter que en las interiores, es más vigorosa en sus formas y en ella la separación de las tres hileras aparece más marcada: éstas, en efecto, no sólo están separadas por anchas fajas de piedras pulimentadas sino que los motivos ornamentales de la hilera central son distintos de los de las otras dos. A juzgar por los restos que se conservan, la parte baja de las paredes desprovista de adornos estaba revestida por anchas losas que sobresalían por fuera de modo que el edificio con sus paredes verticales parecía que empezaba en las partes adornadas y que estaba asentado sobre una colina baja y amurallada. Los ángulos así del recinto longitudinal como del edificio anejo estaban marcados por gruesas piedras toscamente talladas que también aparecían en la fachada del último haciendo resaltar la puerta de ingreso.

En el lado Sudoeste de esta colosal ruina elevábase, á juzgar por los altos cimientos y algunas piedras talladas y esculpidas, un edificio semejante, ó mejor dicho, un conjunto de edificios. Por desgracia, es muy poco lo conservado. Lo único interesante es un subterráneo, que consiste en una galería larga y otra más corta que la atraviesa en ángulo recto, y que está revestido de piedras esculpidas. Allí se ve empleada la línea curva, pero imperfecta, y no suaviza el carácter seco de la ornamentación. La vecina iglesia está construída en parte en un antiguo conjunto de edificios, cuyos materiales han servido para fabricarla. Bandelier, que se ocupó en medir estas ruinas, dice: «Las murallas de las ruinas de Mitla tienen un espesor de metro y medio, pero son una mezcla de tierra y piedras sin labrar y están cubiertas exteriormente de tablas lisas, que impiden su deterioro por las lluvias. Ninguna parte es perfectamente angular, ninguna muralla es perpendicular, ni ningún ornamento geométrico; todo es una aglomeración de grandes masas, un trabajo de fragmentos sin simetría ni armonía: tal es el carácter técnico de todos los edificios indios de la antigua América.»

De aquí la impresión de pobreza de ideas que se siente aun en medio de los laberintos de fantásticas esculturas que cubren las paredes exteriores de estos edificios uniformes ó que aparecen entre ellos esparcidas. En presencia de las construcciones de Mitla deducimos que tampoco éstas muestran el antiguo arte americano en un grado muy superior á la tosca edificación india. El emplazamiento, la construcción y la ornamentación de estos edificios acusan la absoluta carencia del sentimiento de la regularidad y de la simetría, se ofrecen pesados y poco estéticos en sus líneas y figuras ornamentales y á pesar de toda la actividad que revelan demuestran una falta de habilidad en la ejecución de éstas que coloca á estas construcciones muy por debajo de las más antiguas de Egipto. En cambio, por sus detalles pobres y apartados del estilo recargado y desmedido impresionan mejor que los edificios del Yucatán y aun que los mismos indios.

Esta sencillez no es todavía fuente de verdadera belleza y sería una locura deducir, como algunos lo han hecho, de esta impresión más agradable una significación artística más elevada ó un grado superior de cultura en sus constructores. En el fondo, estos adornos sencillos y de carácter más bien geométrico no están empleados con más gusto que en aquellos otros pueblos las volutas y caricaturescas figuras que todo lo invaden: el pequeño progreso que en ello se cree observar ha de atribuirse probablemente menos á un grado de cultura superior de todo el pueblo que á las mejores dotes del arquitecto que se valió de ellos, pues, aunque de esto tengamos pocas pruebas, es lo cierto que el genio artístico existe también en las más humildes y oprimidas capas sociales. Cuando todas las demás aptitudes faltan, surgen en la plebe chispas luminosas y aunque sea simplemente la mano del que tatúa la que él dirige en sus creaciones no cabe desconocer el germen de un desarrollo



Objetos de piedra antiguos de las Antillas. (Museo para Etnografía, Berlín.) $\frac{1}{2}$ de su verdadero tamaño

superior. A este propósito se nos vienen á la memoria las ruinas de Cabana, en el Perú, conjunto grandioso de muros de cerca rectangulares, que como las citadas se distinguen por su sencillez y recordamos las palabras de Wiener que dice: «La sencillez de las ruinas, en medio de una pintoresca y exótica naturaleza; su posición, las dificultades de su erección, su antigüedad y la triste suerte del pueblo á que eran debidas, todo esto inspira al viajero un sentimiento de respeto. Pero no tienen nada de grandioso, especialmente vistas desde alguna distancia; sólo de cerca se reconoce su tamaño colosal. Un arte más civilizado sabe producir lo magnífico y grande sin remover tan enormes masas.» A veces el solo hecho de haber transportado esos colosales pedruscos nos llena de admiración, y casi no se concibe cómo pudieron arrancar esos antiguos constructores tan grandes moles de granito, tan macizos pilares de la peña sin herramientas de hierro, dándoles luego formas angulares. El Perú nos presenta ya este problema en los edificios de Tiaguanaco, anteriores á los Incas. Piedras cuadradas de todo tamaño, algunas de 3 metros de largo, 2 de ancho y $1\frac{1}{2}$ de alto (y aun éstas no son las más notables), yacen especialmente en Puma Punca, amontonadas confusamente. No se necesita recurrir á la cómoda hipótesis de que habrá habido antiguamente más cerca de allí una cantera, y así lo prueban muchos ejemplos, en lo que es posible seguir el camino desde la cantera al punto en que está el edificio. Así sucede con respecto al castillo real de Ollantaytambo, donde á media distancia entre la cantera y el edificio yacen las llamadas *pedras cansadas*. En el río Huillcamaya hay un pilar á distancia de 16 ó 19 metros de ambas orillas. Claro está que remover grandes masas en sentido vertical era mucho más difícil. Esto explica la poca altura de los monumentos, que á veces tienen entradas, como en los palacios incas, más bajas que la estatua de un hombre, y la entrada de un templo de Tiaguanaco, ta-

llada en un solo monolito. Para monupentos elevados y colosales servía tan sólo la forma piramidal.

Fijándose en los monumentos del Sud de Méjico y del Yucatán, se echa de ver la particular afición de este pueblo á la forma cuadrada en los edificios. A excepción de los numerosos túmulos cónicos, hay muy pocos edificios redondos, como por ejemplo, una tumba en Mayapán. La forma cuadrada domina hasta en los menores detalles; las puertas eran cuadradas y los techos llanos; de manera que todo el edificio tenía aspecto cuadrangular. Hasta en la ornamentación predomina la misma forma: los coronamientos son cuadrados y las inscripciones figuradas están encerradas en marcos cuadrados.

Mientras en el país de los chibchas se observa marcado atraso en el arte y especialmente en la arquitectura, hasta el punto de que cuando la llegada de los primeros europeos no se fabricaba con piedras, sino con paja y tierra, el Perú, al contrario, mostraba gran actividad para la construcción que se conservó en grado admirable hasta nuestros días en millares de ruinas. El rasgo característico de esta arquitectura es la sencillez, si se compara con la de la América Central. El sistema arquitectónico en el Perú se puede calificar de estilo, pues se reproduce en la mayoría de los edificios antiguos; por lo cual nada impide llamarle estilo nacional. Alejandro Humboldt ha hecho la observación de que todos los monumentos peruanos, edificados en las faldas de las Cordilleras desde 1.000 hasta 4.000 metros de altura sobre el nivel del mar, y donde por una parte el calor y por otra el frío son muy sensibles, están esparcidos en una extensión de 225 millas, á pesar de lo cual son de carácter tan igual como si todos hubiesen salido de la mano de un solo arquitecto. Las casas y las murallas son de granito, y tienen cabezas de animales de piedra, á veces de tamaño colosal, que parecían amenazar desde los portales, ó arrojaban agua por la boca.

La afición á la forma piramidal en los monumentos es carácter distintivo del arte antiguo americano; así se echa de ver en la construcción de pirámides artificiales y en las obras practicadas para dar á las colinas la misma forma, haciéndolas servir de base á los templos; lo demuestra también la agrupación de santuarios que se elevan unos sobre otros, rematando, por decirlo así, en una cúspide. En Palenque, Copán, Uxmal é Izamal hay pirámides colosales, unas veces libres y otras sirviendo de base á algún edificio.

El llamado castillo de Chichen-Itza (véase el grabado de la pág. 433) se alza sobre una pirámide casi cuadrada de 24 metros de alto y de unos 60 de largo.

En Palenque, el edificio principal, el llamado palacio, está construido sobre una pirámide, que mide 12 metros de alto y de 80 á 90 de ancho en la base. El interior está formado de tierra únicamente; las superficies exteriores de las paredes están revestidas de piedra; por unas escalinatas se sube al edificio principal, el cual formaba un rectángulo de 8 y 52 metros. No tan sólo los palacios, sino también las moradas de los sacerdotes, las de las vírgenes consagradas al sol, y por lo común situadas á poca distancia del templo en el país de los mayas, descansaban sobre basas piramidales ó cónicas. En el Perú no son tan frecuentes, pero sí mucho mayores. Wiener describe las de Colpa, situadas á poca distancia de las ruinas del templo en Huanuco Viejo, sobre una meseta elevada 963 metros sobre el valle. Por una escalinata de piedra, cuyos escalones están perfectamente conservados en muchas partes, sube el viajero á esta altura y se prepara á la admiración de lo que se presenta á su vista. Arriba la superficie es enteramente llana, rodeada de pequeñas eminencias; á lo lejos, la cordillera cubierta de

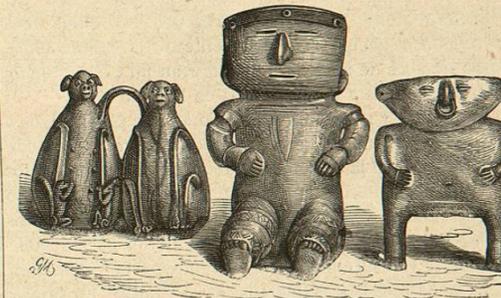
nieve se destaca sobre el claro horizonte. El templo es una gran muralla orientada á los puntos cardinales que comprende un solo piso y está rodeada de una acera de piedra. Cuatro pórticos formados de columnas dan paso á la fachada principal, flanqueada de dos pumas de piedra, que parecen guardar el camino sagrado como las esfinges egipcias. A derecha é izquierda de estos portales se ven ruinas de palacios regios, grandes galerías rodeadas de pequeños nichos, baños, salones y todo cuanto correspondía á un soberbio palacio regio.

Pirámides con escalinatas se encuentran también en el Perú, y como las del Norte, son de mediana altura, pero ocupan mayor extensión. La ciudad de los templos de Pachacamac está situada sobre tres colinas, á las que acaso se diera artificialmente forma piramidal. El número de edificios piramidales es aún mayor en Méjico; entre ellos se han estudiado detenidamente las pirámides de Teotihuacán, á 50 kilómetros al Noroeste de la capital, las cuales se llaman del Sol y de la Luna, aunque no se conozca el origen de este nombre. Su situación las hace visibles desde muy lejos, pues se elevan á un lado del valle de Méjico, el cual es enteramente llano; las montañas están á suficiente distancia para no ocultar las obras de la industria humana. Una de las dos pirámides mide 66 metros, la otra 46 de alto; la primera naturalmente debe ser la del Sol, la segunda la de la Luna, y ambas están construidas con materias volcánicas, que las cercanías proporcionan con abundancia. Las dos tienen la cúspide truncada, particularidad común á todas las pirámides de Méjico y de los países meridionales de la América del Norte. Poco se sabe de su interior; la mayoría de las pirámides mejicanas parece que sólo consiste en un gran montón de piedras, pero en el lado del Sud de la más pequeña de las ya citadas hay una abertura, por la que se pasa á un estrecho corredor hasta un cuartito cuadrado, cuyas paredes están revestidas de piedras volcánicas. Quizás no sea superfluo recordar las tentativas de los buscadores de tesoros, que trataron de penetrar en el interior de la construcción. La pirámide más pequeña está al Norte de la mayor; y si el observador se sitúa sobre aquélla y mira al Sud, reconoce fácilmente una especie de camino, flanqueado de pirámides en miniatura; camino que se extiende casi en línea recta hasta el cerro de Matlazinga por espacio de legua y media. Esta doble serie de pequeñas pirámides se ensancha delante de la pirámide misma en forma de T, de manera que parece des- arrollarse en dos brazos. Tal vez sea debido á la casualidad el que, precisamente en el punto donde aquel camino se bifurca, en el espacio que queda entre los dos brazos, esté al presente la estatua colosal de la diosa Luna; según se dice, algunos pretenden que antes estuvo colocada encima de la pirámide. Por desgracia, esta estatua se halla mutilada, pero todavía se reconoce un collar de bastante buen trabajo y en el pecho una cavidad cuadrada, que, según la interpretación de Mendoza, debía ser el sitio donde se colocaba una plancha de oro con jeroglíficos, que expresaban el poder y la sublimidad de este ser divino. A distancias regulares se encuentran colinas de piedras. Cuando se recorre esta región parece creíble lo que dice Torquemada en su «Monarquía Indiana»; esto es, que en su tiempo existían 20.000 colinas de este género. El arado y el azadón del labrador indio, que ahora cultiva allí el trigo y la cebada, sacan á luz continuamente restos de la cultura de sus antepasados. Llama la atención el hecho de que con frecuencia las pirámides se encuentran pareadas. En Chichen-Itza hay dos pirámides paralelas de 110 metros de lado. En Copán también se encuentran parejas de pirámides. La do-

ble pirámide de Izamal, que mide en la base 250 metros á media altura, 200 metros de diámetro, con una elevación de 20 metros, es sorprendente. La elevación media de estas construcciones en Yucatán y en Méjico es de diez á veinte metros.

La inclinación de los cuatro lados de la pirámide no es siempre igual. En Palenque hay una que mide 190 y 246 metros de lado, cuyas pendientes en una parte son casi perpendiculares, y en las otras tres ligeramente inclinadas. En las pirámides de Copán se encuentran tres tramos de escalinatas. Con frecuencia se descubren pasajes subterráneos, con las paredes enteramente lisas, de manera que no se puede sospechar que hayan sido abiertos por buscadores de tesoros.

Allí donde las pirámides están construidas con más esmero, como en la América central, no cabe duda que servían de base á un templo: parece que en la antigua Amé-



Antiguas figuras de barro de Colombia. (Museo para Etnografía, Berlín).

rica no se construyó nunca una pirámide que no fuese para basamento de algún edificio. Al contrario, se han descubierto en ellas vestigios de sepulcros; y en las pirámides de Copán, Maudsley ha encontrado dientes de perros ó de lobos. Como por desgracia quedan pocas pirámides de la antigua América en el suficiente estado de conservación para que desde luego se pueda reconocer su importancia como basas de templos y de otros monumentos, y por otra parte se han hecho pocas excavaciones con el cuidado que requiere la averiguación de su destino funerario, hay muchas de ellas en que queda dudoso su objeto; por lo demás, su importancia arquitectónica no es grande. Bandelier escribe: «He examinado por espacio de meses enteros la pirámide de Cholula y no he visto en ella más que un cúmulo de terraplenes para la erección de casas, asegurándolas contra una inesperada ruina. La colina de Cholula, colocada en un llano expuesto á la intemperie por todos lados, no era otra cosa que una aldea fortificada. Todo indica que esa masa no fué producto de un trabajo continuado, sino una aglomeración de construcciones efectuadas en distintas épocas, según lo exigía la necesidad, para asegurar á la creciente población más espacio elevado, y el correspondiente asilo.» La irregularidad frecuente de las pirámides americanas justifica casi esta opinión. Pero las detenidas pesquisas hechas en la América central han descubierto varias veces un sistema de murallas y pisos de cemento, propio para sostener los edificios, en el interior de las pirámides.

Que los perfiles no siempre son muy regulares está probado. En las pirámides que se elevan al Oeste de Tehuantepec, á las que se sube por varios lados y por medio de anchas escalinatas, encontramos una aproximación á la forma redonda iniciada, cuando menos, por el hecho de que la sección transversal de los ángulos que hay entre las gran-